GUSTAVO DE MAEZTU

UN CABALLERO EN VELOCÍPEDO

SELECCIÓN DE TEXTOS DE GUSTAVO DE MAEZTU

MUSEO MUSEOA

Un caballero en velocípedo

Gustavo de Maeztu

EDITA:
Museo Gustavo de Maeztu
C/ San Nicolás, 1
31200 Estella-Lizarra (Navarra)
T. 948 546 037 / F. 948 553 257
www.museogustavodemaeztu.com

AYUNTAMIENTO
ESTELLA-LIZARRA
UDALA

COORDINA:
Camino Paredes Giraldo

PRÓLOGO:
Ángel de Miguel Martínez

ILUSTRACIONES DE GUSTAVO DE MAEZTU
RECOPILACIÓN DE TEXTOS DE LA REVISTA PREGÓN

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:
Publicaciones Calle Mayor, S.L.
cm@callemayor.es

DEPÓSITO LEGAL:
NA-2386-2010

COLABORAN:
VITALICIO SEGUROS
Gobierno de Navarra
PREGÓN
calle mayor PUBLICIDAD COMUNICACIÓN

Un caballero en velocípedo

EL INGENIOSO HISTORIADOR DON GUSTAVO DE NAVARRA

Uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

(Quijote, II, 3; ed. RAE, 569)

En Estella, ese lugar de Navarra cuyo nombre es fácilmente recordable, no ha mucho tiempo que vivía un pintor de los de pincel en ristre, paleta antigua, bicicleta herrumbrosa y gato ronroneador. El tabaco de picadura, los gloriosos vinos de la tierra, café y puro los sábados, sopa cana los viernes y algún gorrín de añadidura los domingos, consumían las tres partes de sus ingresos. Tenía en su casa una madre anciana, doña Juana Whitney, una señora que atendía las necesidades del hogar con diligente y honrada eficacia, y, de tanto en tanto, una hermana del pintor que aparecía por Es-

tella de visita. Frisaba la edad de nuestro pintor con los sesenta años. Era de complexión grácil, sutil de carnes, anglosajón de rostro, gran trasnochador y amigo de gitanos y otros soñadores. Quieren decir que tenía el nombre de Gustavo y el sobrenombre de "Maestu", o "Maextu", que en esto hay alguna diferencia en los autores que de él escriben, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se apellidaba "Maeztu".

Es, pues, de saber que este sobredicho pintor, nacido en Vitoria, los ratos que estaba ocioso –que eran los menos del año, ya que pintaba con frenesí y como arrebatado-, se daba en leer libros de Historia de Navarra, con tanta afición y gusto que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le inundó de fantasías y sueños el cerebro, de manera que se propuso llegar a ser un cronista fiel y riguroso del pasado de la tierra donde él vivía.

En efecto, entusiasmado por lo que creía hallazgos inapelables y pruebas irrebatibles, que sólo existían en sus fantasías, vino a dar en el más extraño pensamiento que nunca imaginó soñador en el mundo, y fue que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su gloria como para el servicio de su reino de acogida, hacerse historiador andante e irse por los bellos paisajes del valle de las Améscoas, por Peralta y Andosilla, a buscar los verdaderos orígenes históricos de Navarra. Y lo primero que hizo fue limpiar una bicicleta que guardaba de cuando era joven, y que, tomada de orín y llena de moho, luengos años había que estaba olvidada en un rincón. Fue luego a ver en qué

estado se hallaba su viejo zurrón de sempiterno paseante por trochas y vericuetos, y decidió lanzarse a recorrer caminos para poder escribir la más fidedigna historia sobre el nacimiento del viejo y glorioso reino navarro, junto con algunas sabrosas impresiones de sus andanzas por la merindad estellesa.

Desde que en el verano de 1936 se instaló en Estella, acompañado de su madre, parecíale la ciudad el lugar propicio para iniciar su periplo como historiador, ya que el cielo, de un azul intenso y tan puro como el manto de una Inmaculada de Murillo, estimulaba su pasión por la pintura y le animaba a alcanzar paraísos nunca hollados por investigadores que no habían acertado a desentrañar los enigmas primigenios del reino pirenaico. Pero recordando que historiadores y escritores famosos, como su ilustre paisano el canciller de Castilla, don Pero López de Ayala, o el célebre autor de tratados religiosos, fray Diego de Estella, no sólo se habían contentado con llamarse Pero o Diego a secas, sino que añadían el nombre de su reino y patria, por hacerlos famosos, él dio en llamarse "don Gustavo de Navarra", con que a su parecer firmaría todos los textos que escribiese sobre sus aventuras de historiador andante.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo a poner en efecto sus planes, y así, sin dar parte a persona alguna de su intención, una mañana de un mes indeterminado de un año de gracia difícil de precisar, subió sobre su bici, colocó su zurrón graciosamente en bandolera, se encomendó a Clío, la musa griega de la Historia, su dama y señora, la Dulcinea de sus sueños de historiador andante, y

no queriendo aguardar más tiempo a poner en efecto su propósito, caballero a lomos de su velocípedo, salió al campo, con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo de averiguar la raíz y origen del reino de Navarra.

La del alba sería cuando nuestro pintor salió de su casa tan contento, tan ufano y tan altivo por verse ya historiador andante, que el gozo le reventaba por los pedales de la bicicleta. Y así recorrió todos los vericuetos, recovecos y rincones de Tierra Estella que consideraba pintiparados para corroborar sus teorías. Escudriñó con ojos de águila caudal la insólita belleza de lugares como las peñas de San Fausto y Echávarri, el pueblo de Eraul, el monasterio de Iranzu, las Améscoas (en cuyo término de "Amesko-sar creyó descubrir el enclave "donde se proclamó Rey, no García Jiménez, del que sospecho que, personalmente, no estuvo nunca por estas tierras, sino el remoto vascón, con ribetes de godo, el misterioso conde Lupo"), el valle de Lana (con la peña Reyneta, entre Gastiáin y Galbarra, bajo la cual visionariamente creyó encontrar la primitiva "ciudad de los navarros", la "Navarris" que citó el Príncipe de Viana), y Zúñiga (que le sirvió para evocar a don Francesillo, bufón del emperador Carlos), y la ermita de Berrabia, que don Gustavo, con imaginación de poeta, consideró el cinturón de defensa que rodeaba a la mítica "Navarris"… Y a lomos de "Campanero", macho que tenía más cuartos que un real, pero que a nuestro historiador andante le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca, el del Cid, con él se igualaban, pasó por Muniáin, Aberin, Morentin, Dicastillo (que aprovechó para rendir ho-

menaje a doña María Diega Desmaisieres y Sevillano, "condesa de la Vega del Pozo, Duquesa de Sevillano, Condesa de Dicastillo y Baronesa de Zugarramurdi"), y Lerín, Andosilla y Peralta, villa en la que recordó a mosén Pierres el Joven, agramontés de pro y enemigo acérrimo de Carlos, príncipe de todas las desdichas.

Marzo de 1945 fue aciago para nuestro historiador andante. La agonía de su madre se prolongó hasta el día 28, fecha en que falleció. Su corazón de hijo amantísimo quedó malherido para siempre. Tal llegó a ser su abatimiento que enfermó de gravedad. Fue el parecer del médico que lo atendía que melancolías y desabrimientos lo habían postrado en el lecho del dolor. Rogó el pintor que el galeno lo dejase solo, porque quería dormir un poco. Hízole caso el físico y durmió de un tirón. Despertó al cabo de seis horas y, dando una gran voz, dijo:

¡Bendito sea el todopoderoso Señor que, por medio de la muerte de mi madre, me hace ver con claridad que yo no soy ni historiador andante ni he de firmar mis investigaciones históricas con otro nombre que no sea el mío verdadero, como homenaje de gratitud a quienes me dieron el ser, pues yo fui loco y ya soy cuerdo!

Y con esta determinación decidió publicar los cinco artículos que recogían sus andanzas por Tierra Estella. Y si Cervantes tuvo a Francisco de Robles y a Juan de la Cuesta como editores del Quijote, Gustavo de Maeztu encontró en los beneméritos escritores y eruditos de la revista "Pregón" de la capital Navarra a sus ángeles de la imprenta.

En marzo de ese año de 1945 vio la luz en la publica-

ción pamplonesa el primero de los cinco textos sobre sus recorridos tierraestelleses con la firma de Gustavo de Maeztu. Pese a que el texto no lleva ninguna dedicatoria, en los ojos del pintor, arrasados por las lágrimas, se podía leer: "A mi querida madre, doña Juana Whitney".

Ángel de Miguel Martínez

Pregón, marzo de 1945

AMESKO'A
ORIGEN DE NAVARRA

Por Gustavo de Maeztu

I

Mi ilustre tía, Doña Rosa de Montalvo, viuda de dos Maeztus, Don Miguel y Don Ramiro, dueña, en consecuencia, del palacete de Marañón, situado a 37 Kms. De Estella, nos decía, teniendo yo de 15 a 16 años, que Estella era ciudad de mucho señorío…

A esta edad la palabra *señorío* impresiona. Después, a lo largo de la vida se ve que en las ciudades y en los campos hay muy pocos señores. Sanctos y judíos, y, gracias…

Desde luego la ciudad del Ega impresiona y para los turistas que hemos vivido en otros climas, Estella es emocionante.

Una tarde de *siri-miri* en San Sebastián, hará unos cinco años, me encontré con D. Ignacio Zuloaga, que seguramente y por esas crisis que tenemos todos los artistas, me habló con desdén de su pintura y con entusiasmo por tres bustos

retratos que acababa de modelar en barro. Cambiamos después de conversación, y a los pocos minutos, hablando de la ciudad donde vivo, bajó la voz, me cogió de la mano, y casi conmovido dijo: -Gustavo, ¡Estella es más grande que Jerusalén!...

Dejo a mi ilustre amigo la responsabilidad de tal afirmación.

Lo que sí puedo asegurar como vecino, voy para los nueve años con cédula de este ayuntamiento, es que el cielo de Estella es el más transparente de toda Navarra. Por otra parte, Estella es la ciudad clave del comercio; así lo comprendieron los mercaderes judías en los siglos XIV y XV.

Estella es una ciudad abierta a cuatro provincias y esta personalidad geográfica no ha pasado inadvertida para los *estraperlistas*. Y, sin embargo, la gente se detiene poco en Estella. El escritor Salaverría que me visitó en el año 37, en plena guerra, publicó sobre Estella tres artículos magníficos.

El turista, el comerciante, el propio artista van de largo, cruzan el camino de Estella hacia otros lugares, sin visitar la entraña y la esencia de Estella que es la Améscoa, en vascuence *Amesko'a*.

El historiador navarro J. B. Erro, pudo leer sobre el bajo relieve de la piedra ibérica de Clunia "*Ni beyarrnary*" y que traducido del vascuence dice: "Yo, torero". Esta piedra en bajo relieve representa a un toro, y junto a él, un mozo con pica y rodela.

Como vemos, hace más de 2.000 años, el vasco era un

verdadero flamenco. Pero para adentrar más en su temperamento, dejemos al lingüista Erro, que es de *1806*, y acompañemos al más joven y al más eterno de los historiadores. Acompañemos a Estrabon, griego de Amasia y nacido en Capadocia, 60 años A. de J. C.

Su obra inmortal "Geografía" fué traducida al latín por el francés Jean de Casaubon, impresa en París en 1620, y luego, traducida a casi todos los idiomas.

Estrabon dice: *Los vascones*, es decir, los navarros, pertenecían a la España Interior y estaban gobernados por un Legado Consular, y tres Legados con tres cohortes (la cohorte constaba de 500 a 600 hombres, formando diez cohortes una legión). El segundo Legado, solamente con una cohorte, gobernaba un terreno algo semejante, al que puede haber actualmente, desde Vitoria, y Navarra, hasta el Pirineo. Podemos colegir, por este *dato precioso*, que nuestros dominadores romanos, con sus procónsules, Pompeyo, Craso y otros, no extremaban la fuérza de la vigilancia. El *vascón* se encontraba a su gusto y se enrolaba, voluntariamente, como hoy, en nuestra Legión, y mediante soldada.

Abandonemos un poco al ameno Estrabon y caminemos del brazo de la fantasía.

Más tarde, en Artabia, un grupo de mozos veían desde un alto, el descenso de un tercio de cohorte, unos 200 hombres, que bajaban lentamente hacia ellos. Eran legionarios duros y envejecidos en la guerra.

Había entre ellos un centurión de tan lucido aspecto como el que tantas veces hemos visto desfilar en la procesión de los *mozorros* de Pamplona. Casi al terminar el desfile,

uno de los de Artabia creyó reconocer en un legionario cuadrado y patizambo, a un amigo suyo de Comporta, y en vascuence, le interrogó: -¿Tú también?

El patizambo le contestó en su propia lengua, poniendo los dedos sobre los labios:

-*Echecojaun*, estar en guerra…

- Pero qué *echecojaun*…

- General Pompeyo, ¿sabes?... Volvió a decir en voz más baja: -¿no queréis venir todos los *laguna's*? (amigos).

El de Artabia, que estaba ya un poco envenenado, con un movimiento nervioso, contestó afirmativamente. El de Comporta habló unos segundos con el jefe e la escuadra y se quedó a esperar a sus paisanos. Llegaron a los pocos momentos unos cuantos mozos, mal pertrechados y medianamente vestidos. El de Comporta dijo sentenciosamente: -Ya os darán armas,… *dinero*, también.

El de Artabia, replicó: -¿Pero dónde vamos? ¿Sabes algo?

-Sí, callar-contestó el patizambo.

Luego añadió: -Pompeyo tiene guerra dura con Graso… Unos van hacia Larraga, nosotros vamos hacia Garés (Puente la Reina).

No se volvió a hablar más en aquella jornada.

Unos meses después, vencido el ejército de Craso en la línea del Ebro, Pompeyo, hombre de gran visión práctica, aprovechando todos los elementos que tuvo que aportar a esta gran batalla los puentes de madera, los servicios de aguas potables, y las rutas, los pequeños caminos, cuyo costo conocen tan bien nuestros diputados forales, el gran Pompeyo fundó POMPELO –hoy Pamplona- en el año 71,

antes de Jesucristo.

En la alegría del triunfo fué Pompeyo magnánimo con sus tropas, Hubo recompensas, licencias y dinero para todos.

Una tarde plácida del mes de Mayo, cinco meses después de lo narrado, volvemos a encontrarnos con nuestros amigos de Artabia y de Comporta.

Marchaban derrengados. Llevaban como convoy para todos, una pequeña carreta, de la que tiraba un buey escuálido, con cuernos enormes.

Los mozos se encontraban en la línea de las Peñas de San Fausto, a una legua escasa de la ciudad de Estella. Marchaban algunos hacia Eraul y los demás, cuesta arriba, hacia Artabia y Zudaire.

Se tumbaron todos en el suelo.

Había un gran silencio. El mozo de Artabia lucía en la cabeza un gran turbante blanco. Estaba herido. Con gran esfuérzo entró en la carreta de la que sacó una gran tinaja de barro y, en jarras chatas, dio de beber a todos.

El patizambo, levantando bien la jarra, se echó un trago que duró más de cinco minutos.

Respiró fuérte, restregóse la boca con sus manazas y dijo al de Artabia, señalando un árbol negro y de bonita copa que se hallaba detrás de la carreta: -¡*Ameskoori…*! –y diciendo esto, se echó a reir desafortunadamente.

Muy difícil resulta hacer una traducción de lo que quiso decir el patizambo en aquel su momento psicológico. Estaba en su tierra, pisaba su tierra.

El patizambo, con su gesto y con su palabra dijo que

aquel árbol, casi hermano del roble, y que en castellano llamamos quejido, era el *Amesko*, y que *Amesko'*a, era su tierra.

Todos se tumbaron en el césped. En el cielo lucían las primeras estrellas. Arriba, alta, en el celaje violeta de la noche, pasaba errante un águila, luciendo su supremo color de aristocracia.

II

HACIA 1876, la Academia de la Historia dejó sentado el precedente de que *no toda Navarra* se llamó Navarra. Estos detalles tan preciosos para mis futuras aseveraciones, los conocía mejor que yo, mi gran amigo el señor Conde de Rodezno.

A la bondad de otro Presidente de la Diputación Foral, D. Juan Pedro Arraiga, debo el reconocer bien toda Navarra: de Roncesvalles a Tudela, desde Puente la Reina hasta Andosilla. Don Juan Pedro y yo, permitidme la inmodestia, éramos los *dos empleados* más madrugadores de toda la Diputación. Muchos días, a las 8 y 25 de la mañana, nos saludábamos en la escalera. Minutos después, llegaba D. Luis Oroz. Pero, como digo, D. Juan Pedro y yo, éramos los primeros. Cuando terminaba alguno de los paneles de mi decoración, en 1935, D. Juan Pedro, me decía cariñosamente:

-Ya sabe Vd., Gustavo; si necesita Vd. algo que le interese y le sirva para el decorado, dígamelo; pondremos el coche a su disposición.

Y, efectivamente, más de una vez, abusé de su amabilidad y salimos corriendo, a lo largo de Navarra, con mis bue-

nos amigos Jesús Etayo, Marcilla, Picatoste y algún otro más.

La primera vez que ví "La Oliva", me sobrecogió. La entrada en al plaza de Ujué, con el fondo de esa iglesia de estilo gótico primitivo y militar; aquel despertar a una visión medieval, no se me olvidará jamás.

En mi vida de Estella, lo único quizás obligatorio es mi

paseo diario a la línea del río Urederra, en las estribaciones de las peñas de San Fausto. En esa parte, en cuyos prados pequeños que nacen entre peñas, hay una hierba de un color verde esmeralda maravillosa. Aquí se crían unos chivos gigantes, algunos, mayores que burros. He dibujado casi todos los animales del mundo en *El Zoo Garden de Londres*. Pues bien; como en esa zona de San Fausto tengo dos amigos pastores, he ido unas tres veces a dibujar el majestuoso macho cabrío, el gran amigo de Goya y de sus brujas.

El lector, aunque fuéra dibujante, no puede imaginarse las dificultades que existen para ajustar en el papel la silueta de un macho cabrio. O sale león, o sale cabra. Nunca lo que és y lo que allí llaman "Chivo Mayor".

Un mediodía, terminando de dibujar "El chivo Mayor", que ahora reproduce PREGON, uno de los pastores me dijo:

-¿Ha ido alguna vez desde Eraul al Monasterio de Iranzu?

Sorprendido contesté:

-Pero, ¿se puede ir?

-Fácil –me respondió-. En dos horas escasas, o antes, cae Vd. sobre el monasterio.

Me chocó aquel tipo de excursión, cortante hacia Beriáin. Me preocupó geográficamente. Y, como todo lo que preocupa generalmente se realiza, unos días después, en compañía de dos buenos amigos de Estella, nos lanzamos, monte arriba, bordeando San Fausto, hasta Eraul, y luego a la sombra de la maravillosa peña de Echávarri, y por un repecho, digno de soldados de Zumalacárregui, nos colamos en dos horas sobre la vertiente que domina, en unos 200 metros, el Monasterio de Iranzu, quieto y triste, como

una pirámide de Egipto.

No se me olvidará jamás esta excursión. En breve, en plena primavera, aunque me perjudique vivir muy cerca de la *Verdad*, espero invitar a mis buenos amigos Ignacio Baleztena, José Mari Iribarren, Vizconde de Val de Erro y algún otro de espíritu ecléctico, para que me digan, con la mano sobre el pecho si hay, no en Navarra, sino en toda la Península, como no sea en las estribaciones de Sierra Morena, en la provincia de Córdoba, que conozco perfectamente, algo tan bello como este rincón de la Améscoa. Es la montaña, pero una montaña llena de luz, casi *El Paraíso…*

Sentado este precedente de *La Belleza*, caminemos sin titubeos hacia el corazón de la Améscoa.

Esta tierra limita por el norte con la sierra de Urbasa y Santiago de Lóquiz; al este con la sierra de San Martín, y al oeste con las montañas de Comporta, que es su frontera con la tierra alavesa, es su frontera, y, sin embargo, el aire y el color de la tierra su propia vegetación, y la misma arquitectura, (véase el castillo de Eulate, en Eulate, hermano espiritual del Palacio de Bendaña en Vitoria) tienen alma y entraña de mi tierra alavesa.

El origen *amescotarra* se remonta a un personaje oscuro y misterioso. Lupo, o Lope, la fundó en el año 182 de la era de Jesús.

El Príncipe de Viana, hablaba ya de la antigua Navarra que la componían las cinco villas, a saber: "Goñi, Deyerri Val de Larna, Améscoa, Val de Guézal, de Campezo é la Berruela."

Por si esto fuéra poco, luego añade.

"Una gran peña tajada entre Améscoa, Eulate y Val de Lana" –esta sierra es una estribación de la de Urbasa-;"esta peña se llamó 'Corazón de Navarra'"; debajo de esta peña había una aldea que se llamaba NAVARRI. ¿No sería Napar's? Esta aldea, se halla actualmente destruída.

En los Anales del Reyno de Navarra, afirma el padre Moret: -"Que en la carretera de la Améscoa Alta, frente por frente del barranco BASAULA, hay ruinas de un pueblo antiquísimo, que los naturales envascuence llaman *Amesko-zar*,Améscoa vieja."

¿Sería esta ciudad, el llamado "Sitio Real" donde se proclamó Rey, no García Jiménez, del que sospecho que, personalmente, no estuvo nunca por estas tierras, sino el remoto *vascón*, con ribetes de godo, el misterioso conde Lupo, fundador, y probablemente conquistador de estas tierras hacia el año 165 de nuestra Era?

Recogiendo el preámbulo de mi artículo, de que la Academia de la Historia dejó sentado el precedente de que no toda Navarra se llamó Navarra, vemos que esto, lo que hoy, los de esta Merindad, llamamos Tierra Estella, que se denominó, según el Príncipe de Viana, NAVARRI, según otros *Napar's*, denominación de los vascones; es decir, aquí suena por la primera vez, en la historia de nuestro país, en un remoto lejano, la palabra *navarro*, o de los NAVARROS, y en cambio, en la vertiente de Pamplona, la palabra *Pampelon* y de los *pompelones*; es decir, de los *pamplonicas*…

¿Está esto claro?

PREGÓN, JULIO DE 1945

AMESKO'A
ORIGEN DE NAVARRA

(Segunda parte)

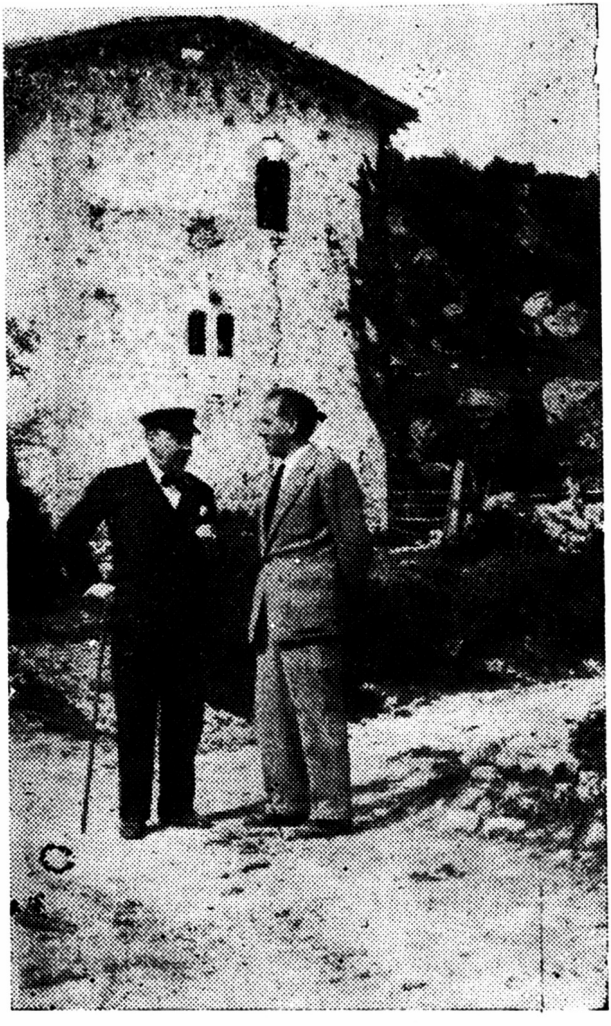
Por Gustavo de Maeztu

El historiador vascongado J. B. Erro del que tomo estas notas, nos habla, muy posteriormente a la fundación de *Pompelón*, (Pamplona), por el general Pompeyo, de tres regiones de Navarra.

Los vascones de la Novempopulania, o autóctonos, que etas notas nos habla, muy posteriormente a la fundación de Pompelón, (Pamplona), por el general Pompeyo, de tres regiones de Navarra.

Los vascones de la Novempopulania, o autóctonos, que llegaban desde el norte de Pamplona hasta el río *Adour*, y donde, desde antiguo poseían las ciudades de *Iturrisa* y *Oarso*, en la desembocadura del Bidasoa.

Nos habla de los vascones del Pirineo, propiamente dicho, y de sus fieros habitantes, los *rucones*, los roncaleses actuales, que eran irreductibles a toda innovación. El historiador se refiere a las luchas de religión entre arrianos y ca-



El autor de este artículo conversando con un amigo ante las ruinas de un viejo y típico caserón amezcoano

tólicos, y por último nos cita a los navarros de *más amplia cultura*, (textual en su libro), y los más numeroso, que habitaban las *ciudades llanas*, ciudades ya de tan remoto origen en la época goda y de tan recio abolengo, como eran los *Cascantenses* –de Cascante- los *Ergavicenses* –de Milagro- los *Tarragenses* –de Larraga- los *Degenses* –de Estella- y los *Adologenses* –de Santa María de Olite.

Ya, en esta época, hacia el siglo VI más establecida nuestra civilización vascongada primitiva, pero aún no destruída –el que la destruyó fué Carlo Magno- se habla y se divide a Navarra en Cuencas o regiones.

Tan es esto cierto, que el mismo historiador, refiriéndose al gran pleito, entre el pueblo español, católico, partidario en consecuencia, de una monarquía hereditaria, y la nobleza goda, de culto arriano y refiriéndose a la conversión de Recaredo, en el Concilio más espectacular y más fuérte de todos, el concilio III del año 589 en la imperial ciudad de Toledo cita, a los dos ilustres representantes de los *Pompeloneses* y de la ciudades llanas.

Hay que tener en cuenta que los vascones no enviaban siempre representantes a estos Concilios, que eran en si, las verdaderas asambleas españolas; hay bastantes Concilios en los que carecían de representación. A este magno Concilio, transcendente para la historia de España, enviaron los de *tierra norte*, a Liliolo, obispo de Pamplona, y los de la tierra *culta* o tierra llana, entre ellos, los Degenses, o estellicas, enviaron a Munio, obispo de Calahorra.

Esto ocurría en el siglo VI. Pues bien, en nuestro año de 1945, la tierra del árbol del quejivo, en vascuence, *Amesko*

sigue perteneciendo en su diócesis religiosa, no a Pamplona, como fuéra lógico, sino a la antigua Calagurris, a Calahorra.

OROGRAFIA Y GRANDEZA

Nuestro amado monarca, *Don Felipe II*, que de tan mala prensa ha gozado durante varias centurias, hasta que los hispanistas norteamericanos, y no los españoles, como era su deber, pusieron su vida y sus hechos en el fiel de la balanza; nuestro Señor D. Felipe, celoso de que los pastores de la escarpada Sierra de Urbasa no acudieran los días festivos a la liturgia de la Iglesia, levantó la actual capellanía, que debieran conocer todos los vascongados por su modesta belleza; es un palacete de montería navarra, y su situación maravillosa.

Este palacete de monteros navarros, donde los caballeros merinos de la rica merindad de Estella, administraban justicia, muy estricta, (entonces no se conocía el *estraperlo*, que es más complicado) tiene de antiguo su buen capellán, y un precioso Cristo de la Agonía, obra italiana, importada de Nápoles en 1703. Todo en el palacete es discreto, justo medido, pudiera servir de modelo para casas de montería, en el país vasco, pero, la tendencia del rico, respetable en muchos conceptos, es fatal en cuestiones de gusto.

Pasó este palacete montero, probablemente por las familias de Ramírez y Baquedano a manos del marqués de Andía, y seguramente, de ese marquesado, a las del ilustre señor y grande de España, marqués de Viana y conde de Urbasa; casi privado, que fué de nuestro señor D. Alfonso XIII. Para los íntimos de Viana, lo sé de *tinta excelente*, no le gustaba que le llamasen Marqués. *Los íntimos*, sus preferidos, y D. Alfonso

también, le llamaban *Urbasa*. Debía de tener gratos recuerdos de su condado de origen, cuando Viana honraba a los dilectos amigos, para que le llamasen *Urbasa*, a seca. Y cuando el marqués cedió su propiedad a Victoriano Echávarri, me lo contó él, antes de fallecer en Madrid, en el año 35, se portó, como corresponde a tan cumplido caballero.

Es decir, la *Amesko'a*, aparte del título del marqués de Andía, y de la ilustre familia de los Ramírez y Baquedano, no hablemos de la más rancia de la merindad, la familia de los *Eguías*, de la que sospecho, era originaria del valle de Santa Cruz, se halla incorporada a la grandeza de España, por su palacete de montería y de justicia, por el palacete de Urbasa.

Hablemos ahora un poco de sus ríos. En esa penumbra magnífica de la vida, en la infancia, adormecida la mía, con el libro del gran pedagogo italiano –ignoro su nombre- el autor de "El Juanito" y de otro distinguido sacerdote, el Padre Fleury, con su "Historia Sagrada" recordamos en uno las actividades del chico, que entre ellas, la mas divertida era la de ¡*suelta la cometa*!... (deporte) que debió de estar muy de moda hacia el 1870, y en el otro, más ampuloso, recordamos el *Valle de la Mesopotamia*, bañado por dos ríos: el Eufrates y el Tigres. Yo, que aprendí el abecedario en Bilbao, y donde no había más que un río, el Nervión. Conocido en la antigüedad, por el río Nerva, y en cuyo río aprendí a nadar, en su parte más ancha, frente a la Universidad de Deusto, amarrado con un *chicote* a la cintura y lanzado al agua desde una barca, a los 11 años de edad, y aquel río, el antiguo Nerba, me pareció el océano, pro los terrores que pasé en el mismo, cuando oia hablar del Eufrates y del Tigres, me pa-

recía la Turquía asiática, que fué la cuna de la historia, un país de maravilla. Pues bien, lectores, la *Amesko'a*, tiene *tres ríos* y entre dos de ellos, el Berrueza y el Isiaco al unirse los dos en el puente de Felipe y Santiago, situado a media legua escasa de Estella, puente conocido con el nombre de "La Cadena" dan origen al famoso Ega, que se une al *Padre Ebro*, en Sotojuela, entre Azagra y San Adrián.

Podemos decir, lógicamente, que La *Amesko'a*, tiene cuatro ríos. ¡Magnífico país para los bebedores de agua!

Expliquemos someramente, el origen de los otros tres. El *Ur-Ederra*, en vascuence, agua hermosa, nace en Baquedano en el lugar llamado *Urbasa* al pie de la Sierra de Urbasa.

El *Ur-Ederra* sigue su curso hacia el Sur, y recibe, ya en Baríndano, las aguas de los ríos alaveses el Oyarra, o *Vearra*, que cruza las Améscoas por Eulate. ¿No ven aquí, en estas aguas de la tierra alavesa, la influencia e los *autrigones*, o alaveses, en el país del *Quejivo*?

En las cercanías de Baríndano, surge el manantial del río Isiaco, que imitando al Guadian, salva su unión con el *Ur-Ederra* y se aleja bajo tierra hasta perderse en la peña de La Herradura.

De este río, del Isiaco, se surte la ciudad del *Ega*, la antigua Degio, salvando sus aguas, por medio de acequias.

NAVARRIS. LA CIUDAD DE LOS NAVARROS

El P. Risco, meno imaginativo que el P. Florez, nos hablaba ya de dos Navarras. Una, la *tierra llana* hasta Pamplona, y en esto coincide con el historiador vascongado antes citado, y otra Navarra de la montaña a quienes llama *vascos* o

montañeses por la etimología de *vaso* monte. Efectivamente, esto es cierto. No solamente hay dos Navarras. Los árabes, sus historiadores, ya reconocían *tres vertientes diferentes*, pero la raza del *bascón* del *autrigon* –alavés-, del *rucón*, y hasta del *Beron* –el riojano- en los sectores limítrofes a la Navarra actual, es la misma. Espiritualmente, hay muy poca diferencia entre un mozo de Santesteban, y un *guizón* de Echavarri. En el Baztán, hablan el vascuence, en la Amescua se ha perdido, pero el *ánima*, el motor espiritual de la vida, es la misma para el baztanés que para el *amezcotarra*. Lo que sucede es que hay dos tipos diferentes, como los hay también en Castilla y en Vizcaya. Hay un tipo montañés alto, delgado, moreno, y otro tipo de la tierra llana, o de la tierra culta, que decían los antiguos. Este tipo es bajo, chaparro, rubio, los ojos de algunos de ellos, tienen ese verde claro peculiar de las grandes razas del norte, y que aquí en España se producen también entre astures y leoneses. Hay una apariencia física diferente; el espíritu es idéntico.

Si los del Baztán juegan a la pelota, los de Eulate juegan a la *Barra*. Si los de Irurita se van al *Gran Chaco* a probar fortuna, los de Bearin y los de Artabia, se marchan a Filipinas con la misma facilidad que yo me voy a Portugalete.

COMPAS, REGLA Y CARTABON, SOBRE LA CIUDAD DE "NAVARRIS"

Interesadas algunas personalidades del Turismo de Navarra, interesados también, algunos entusiastas historiadores del país, en estos mis pequeños desvelos históricos, produ-

cidos por el cariño y la curiosidad hacia la tierra donde vivo, he de decirles, que una desgracia familiar que me ha herido profundamente, me ha quitado el ánimo para marcharme de las orillas del Ega.

A pesar de ello, voy a decirles públicamente lo que he averigüado sobre lo dicho por el ilustre Príncipe de Viana; el egregio escritor afirmó, que *debajo de la peña* Corona *de Navarra*, había una ciudad a la sazón en ruinas –y esto fué a últimos del siglo XV- y que esa, era la ciudad de *Navarris*, -lo dijo en latín- la *ciudad de los Navarros*.

Gracias a la amabilidad del Jefe de Caminos de Navarra, he podido examinar detenidamente la carta de la Amescua, magníficamente editada –litográficamente-, por el Instituto Geográfico de Madrid. Como todo lo que realiza, magnífico. Pues bien, en la carta de la Améscoa, del Instituto Geográfico de Madrid, la última editada por ellos, no aparece ninguna peña llamada Corona *de Navarra*. Pero sí, aparece otra peña de nombre Real, esta peña se llama *Reyneta*, que seguramente es una variación o descomposición de la palabra vasca *Erreña* –Reina-. Simplemente, guiados de nuestra intuición, hemos descendido los ojos del plano y hemos visto primero su situación. La Peña de Reyneta está situada entre el valle de la Amescoa y el valle de Lana, y precisamente –son notas para el viajero- entre los pueblos de Ullibarri y Eulate. La altura de la Peña Reyneta es de 1.115 metros.

Hasta aquí el mapa, precioso de color, pero lacónico en sus descripciones. Vamos a ver lo que me han dicho dos simpáticos navarros del cuerpo de Caminos. Dos honradísimos celadores.

En Gaztiain, valle de Lana se encuentra la ermita de Barrabia construida, casi *toda ella* con restos de un castro romano.

Casi todos los sillares tienen inscripciones romanas.

Consecuentemente, lo que procede a la Junta de Turismo de Navarra, es rogar al sacerdote que cumpla sus funciones en dicha ermita, y que probablemente será el señor Párroco de Gaztiain, que proceda a leer todas las inscripciones, particularmente *las que no entienda* que las copie y que las envíe a ese Sindicato de Iniciativas, a donde enviaré un joven catedrático de griego, especialista en lenguas muertas para que las descifre.

Esto de Gaztiain es muy interesante. Lo que sigue, es mucho más todavía. Debajo de la peña de la Reyneta, también en Gaztiain, se encuentran las piedras sillares que en el deporte del juego de la Barra señalaban las salidas de los campeonatos en Val de Laneses y Amescoanos.

Por otra parte, otro de los celadores de esa Jefatura de Caminos, y vecino mío, me dijo que hace ya unos años –y seguimos en la línea de Gaztiain- que entre dicho pueblo y Galbarra, lugar cercano a la villa de Gaztiain, a unos cien metros, utilizaron para vías de la Diputación; piedras de muros antiguos, algunos de ellos tallados, con tallas de racimos de uvas; seguramente capiteles romanos. Todo ello, según el celador, muy destruido y mucho viejo…

¿Estará así, debajo de la peña Reyneta, a 1.115 metros de altura, la primitiva ciudad de los navarros?

PREGÓN, SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1945

AMESKO'A
ORIGEN DE NAVARRA

(Tercera parte)

Por Gustavo de Maeztu

En esa magnífica penumbra de la historia, hacia el 700 de nuestra era, han hablado algunos tratadistas, de un misterioso conde Lupo –o López-, como jefe de Degio, Amezcoa y la Berrueza. Fantasía o verdad, lo cierto es que hacia el 760, aparece también el Duque de Vasconia, llamado Lupo; godo de espíritu, que oponiéndose a la invasión de Carlo Magno, fué apresado por el mismo.

De esta bárbara invasión hablaremos más detenidamente, cuando nos ocupemos de Pompeyo, *Pompelón*, pamplonicas y navarros. Pero fué tan grave, que un monje castellano, el Sitense, y apoyándose en el testimonio de un cronista de su tiempo, Enhard, dice: "Persuadido el Rey Carlos -se refiere a Carlo Magno y a su pacto con los moros de la línea de Huesca y Zaragoza- por los expresados moros, concibió la idea de apoderarse de algunas ciudades de Navarra. Al efecto, reunido el ejército de los Francos, llegó in-

LOS AMIGOS
Bueyes de la Amésko'a

cólume hasta Pamplona.

Cuando los pompeloneses lo vieron llegar, lo recibieron con gran alegría, porque se hallaban angustiados con el furor de los moros…" Hasta aquí el Silense, que también se ocupa de la terrible traición de los francos y de lo demás; del ataque a retaguardia por los vascones y autrigones unidos: de ese gran bloque y de ese primer eslabón en la cadena de Navarra, donde surgió más tarde el primer Rey, supongo al lector ya bastante enterado, por lo que de leyenda y verdad hay en Roncesvalles.

De estas misteriosos Lupos, godos de espíritu, pero vascos de raza, tengo que ocuparme porque he de citar a los griegos., esa raza tan preeminente en la filosofía y en las matemáticas, cuyos conocimientos les han servido, veinte siglos después y casi en su decadencia, para hacer *grecadas* algo *muy especial*, y ganar en casi todas las mesas de juego del mundo… Estos grandes profesores de la vida, dividían a la humanidad en dos castas: salvajes y civilizados. Los salvajes, de la época, como los de hoy, comían lo que podían; pero los civilizados, los cultos, los de tierra cultivada o *labrada, comían pan*.

Los vascos, que sin ser precisamente una tierra muy civilizada, pero pueden pasar; son, desde antiguo, no comedores, sino *tragones de pan*, y si es blanco ¡*mejor que mejor*!... Es decir, pertenecen desde lo remoto, y muy antes del Duque de Lupo, a la raza agrícola, o civilizada, a la raza que supo domesticar bueyes.

Y en estas disquisiciones me apeo del tren y con la *bici* en la mano, pues hay cuesta, veo ya los primeros caseríos

de la noble villa de Zúñiga, lugar y rincón donde nace el origen de muchos blasones de Alava y de Navarra. A la izquierda, en la ladera azul, veo ya en duro camino que me ha de conducir a la campa de Berrabia.

ZÚÑIGA

Pueblecito arropado en la sierra de su nombre. Su caserío asoma en altozano para ver el paisaje más bucólico del mundo; el valle de Arquitas, donde el zigzaguear del río reflejando las siluetas de los chopos jóvenes, y sus variadas sendas, con pequeños montículos, le dan el aspecto de esos paisajes de entelequia, paisajes del *Astral*, que Breughel, el viejo, sacaba de lo más recóndito del cerebro, para plasmarlos en las escena de caza de más emotividad, en la pintura de su tiempo.

Célebre también por su batalla, la batalla de Arquitas, donde fué derrotado el General Córdova, y donde, al conocerle después Zumalacárregui, supo que Córdova no era enemigo desdeñable.

Ahí, en el centro de ese valle, se adora la Virgen del Humilladero, o de la Humillación, a donde acuden en Septiembre las mozas más guapas de Los Arcos, de Torres, de Acedo y de Galbarra.

Una de las entradas de este valle era hasta hace muy pocos años, el lugar elegido por los *bandidos de la Sierra* para dar *el golpe* a los carreteros de las galeras. Todos los años se repetían uno o dos *buenos golpes* por estos facinerosos. La Sierra tiene fáciles salidas a la Rioja y a Alava, y la Guardia civil estaba despistada. Una tarde de mayo se volvió a repe-

El autor camino de Berrabia

tir el ¡alto! Por cuatro bandidos armados de carabinas, contra dos galeras y sus carreteros.

Escondido entre las matas, los vió un peón caminero, que viendo cómo, además del dinero, los bandidos se llevaban algunas caballerías, subió presuroso a lo más alto de un encino, donde precisamente está enclavada la ermita de la Virgen del Humilladero, y desde allí, con el maravilloso catalejo de sus ojos, capaces de hacer la competencia a cualquier prismático alemán, el caminero fué siguiendo a los bandidos a través de la sierra; fiándose, solamente del brillo de sus carabinas y el chispear del clavo de algún arnés.

Al poco rato, y rehechos los carreteros del *sofoco* que habían pasado, tornaron también el camino hacia el algo, donde vigilaba el caminero.

Su *sofoco* fué aún mayor, cuando vieron que un hombre se descolgaba por las ramas de un árbol, y saltó junto a ellos.

Le reconocieron en seguid. Le saludaron, los carreteros, impacientes, y todos a una, preguntaron: ¿"Los has visto?"

El caminero respondió como las viejas sibilas, poniéndose el índice sobre los labios; con la otra mano les indicó que le siguieran. El caminero seguía hermético. Llegaron al poco a la villa de Zúñiga. Los carreteros fueron a la taberna y el caminero al teléfono del Ayuntamiento. Los de las galeras esperaban ansioso. Uno de ellos, al ver llegar al caminero, ofreciéndole un vaso, le espetó:

"¿Pero, *entavía* no podemos saber *ná*?"

El caminero, siempre en actitud de vieja sibila, y tragándose el vaso de un solo golpe, hizo ademán de que los carreteros se acercasen junto a él; bajando la voz, y respondió: "Pues *sus* dijo que mañana a estas horas dos traerán aquí, *esposaus*… Ya *sus digo, esposaus*"… Y seguidamente se echó a reir. Seguramente, por la larga emoción contenida. El caminero vió a los bandidos, desde los alto del encino, que llegaban hasta cerca de Ancín, y desde el teléfono, avisó al puesto de Murieta, donde cayeron los ladrones en poder de la Guardia civil, en la madrugada siguiente y en el propio Murieta.

Desde aquel día el caminero no fué ya el probo vigilante de los caminos; fué para los viandantes el verdadero Dios de la tierra, el Zahorí…

FRANCES DE ZUÑIGA O FRANCES DE NAVARRA

En esta vanguardia de Navarra, en Zúñiga, situada a 3 kilómetros de Santa Cruz, y a 7 de Estella, y en parte rodeada de montañas alavesas, son sus habitantes de mejor habla

castellana que sus vecinos del valle de Lana y aun de la propia Amesko'a. Son corteses, y bastante hospitalarios. Con alguno de ellos discurrimos a lo largo de esas callejas en penumbra de la antigua villa. Dos o tres veces quemada, al decir de unos, por los carlistas, al decir de otros pro los liberales; pero poniéndose en un término medio, creo que liberales y carlistas torearon *al alimón*, con sus murallas y con sus casas infanzonas. Ante una de ellas, chata, de piedra bien labrada y con un gran escudo rodeado de alegres angelotes, me detengo, evocando la figura de un gran escritor, alegre y diablesco, que aparece en algunos tratados de literatura que tengo en la mano. Me refiero a Francés de Zúñiga, o a Francés de Navarra, que aunque no se determina exactamente su nacimiento, las señas creo no dan lugar a dudas. Por mi parte le supongo ya de esta tierra y entroncado a los buenos y malos humores de nuestro Señor Carlos V, por alguno de los palatinos vascongados que le acompañaban. Algún Francisco Eraso, algún Mendoza… pero, lo cierto es que Francés, cuyo nombre es una de las formas del nombre Francisco, este Paco, *Pachico*, o Francisquito, fué escritor a ratos y a veces bufón; y bien lo merecía el emperador Carlos, con todas sus preocupaciones, que eran muchas y graves.

Sirvió al Emperador desde que llegó de Flandes a España. Lo satírico de su decir, creó a Francisquito muchos y enconados enemigos.

Alguno de ellos le causó gravísimas heridas; pero, como era navarro de temple, de la vanguardia, y de los *mejores*, y, aunque en el siglo XVI todavía no vivía el simpático maes-

tro Larregla, Francisco de Zúñiga, se decía para sus adentros: "No te apures, Paco, Navarra ¡siempre p'alante!..."

Fué autor de la Crónica burlesca. En trance de agonía le visitó su amigo, Perico de Ayala, bufón del marqués de Villena, y le dijo: "Paco, cuando estés en el cielo le dices a Dios que se acuerde de mí."

Don Francisco, le contestó, impertérrito: "Conforme; átame ese hilo al dedo meñique para que me acuerde…"

…Gran estilista. Como escritor figura en el Rivadeneyra. Fué como todo hombre de valor, mal llevado en su tiempo. Pero la posteridad rindió la justicia que merecía al estilo y al hombre.

BERRABIA

Subimos a lo largo de la calle Mayor de Zúñiga, para cruzar por el arco del Abrigo. Puerta y arco sendero, seguramente del sigloXII, por donde quizás pasara más de una vez el díscolo Príncipe de Viana, capitaneando a sus mesnadas de agramonteses, pues a poca distancia de este arco, a unas tres leguas, debajo de la Peña Grande de Gaztiain, determinó la situación de Navarris, la vieja ciudad de los Navarros.

Subimos el repecho con cierta emoción, ¡Nos habían hablado tanto de Berrabia!

…Van pasando tres cuartos de hora y vamos cruzando una senda bordeada de peñas por cuyas grietas surgen los encinos, los arbustos y hasta algún quejivo pequeño, retorciéndose en su doloroso nacimiento y dando al paisaje el aspecto de las tablas flamencas. Paisajes nunca vistos por ellos, pero tomados de aquellos primitivos italianos de "La

ERMITA O CASTILLO DE BERRABIA

La sierra de enfrente, y la cruz, señalan la angostura conocida por «La dormida de las Palomas». Desde hace varios años, en ese rincón de la sierra de Zúñiga duermen millares de palomas.

Umbría que se inspiraban directamente en los rincones de Los Alpes.

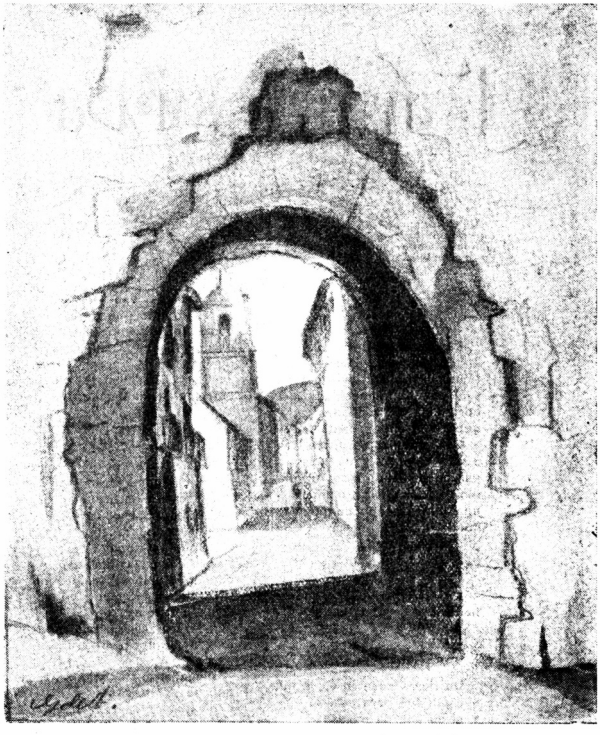
Surge ya, a nuestra vista, la amplia campa de Berrabia, bien cultivada, bien resguardada, con su garganta que conduce a la línea de Ullibarri-Arana, en los montes de Alava, y una de las regiones más frías del contorno. Más allá, San Vicente de Arana, y Comporta, la verdadera muga de la Amesko'a. Enfrente, la Peña Redonda; a la derecha, el monte de la Galbarra con sus peñas color de pastel, de las que seguramente toma este nombre; y; al socaire de la misma, unos carboneros trabajan cachazudamente preparando el horno. Uno de ellos, alto, delgado, va subiendo por la escalera, agitando con una larga horquilla el fuego del horno. Uno de mis acompa-

ñantes, navarro muy agudo, viendo al carbonero en aquella actitud, me dijo: "Hace algunos años, y no lejos de esta tierra, subió un carbonero por la escalera para avivar el fuego, con tan mala fortuna que, fallándole la *cama* de arriba, se desplomó sobre el fuego. Aterrando el patrón, les dijo, estremecido: "Esto, ya no tiene remedio; os ruego, por lo que más queráis, que no digáis nada a nadie"… Y así fué. No se pudo saber nada del pobre carbonero. Fué el único hombre que no se lo había tragado la tierra. Se lo *tragó* el fuego".

En estos dichos, vamos viendo ya la silueta de la ermita de Berrabia. Me detengo, quiero mirar, parece que no veo bien; vuelvo a mirar. Ahora a derecha e izquierda, ya esta vez un poco más inquieto. Mis acompañantes se dan cuenta de este desasosiego, y preguntan: "¿Qué; sucede algo?"

"Bastante; de lo que dijeron que era un monumento en pie, no quedan más que ruinas."

El geógrafo sufre a menudo, al navegar por rincones históricos, donde no hay brújula, estas duras impresiones. Me habían hablado de Berrabia, en Pamplona, en Estella, en Galbarra. Hace ya muchos años que un mendigo, durmiendo en la ermita, tuvo un accidente de fuego. Su patrón, San Lorenzo, preside ahora otra ermita cerca de Zúñiga. Sin embargo, entre aquellas ruinas hay algo que me atrae, y que me hace subir el primero a la altura donde se levanta. La ermita tiene, como puede ver el lector en el dibujo, una forma tubular; se ha buscado una *elipse* con verdadera pericia. Esta *elipse* abunda en los castilletes, y en los bastiones visigóticos. ¿Habrá sido, quizás, la ermita en algún tiempo fortaleza? Me quedo un poco perplejo. Veo en el barranco, a



ZUÑIGA.–Puerta del Abrigo del siglo XII

la izquierda de unos árboles, donde trabajan los carboneros, un sendero que conduce a Gaztiain, y hacia allí, hacia el valle de Lana, se dirige mi pensamiento con estas palabras, que no las digo en voz alta porque mis acompañantes no las comprenderían:

"¡Geógrafo! Admirador de Pomponio Mela y de Estra-

bón, levanta tu ánimo, recupera tus fuerzas. Cómprate unas buenas botas y acomete las vertientes de Narcué. ¿No sería este bastión de Berrabia, el cinturón de defensa que rodeaba a la antigua *Navarris*?

PREGÓN, OCTUBRE DE 1946

CORRERÍA DESCRIPTIVA DE ESTELLA A PERALTA

(Primera parte)

Por Gustavo de Maeztu

Una tarde fresca del mes de Mayo de 1938, un caballero en buen macho, buena silla y buen atuendo, cruzaba a paso largo de andadura la plaza de Santiago y se paraba sin titubear debajo de unos arcos donde se leía "Posada".

El viajero descendió con agilidad del bruto ya jadeante y sudoroso, y con ademán dominante, hizo repicar el aldabón. Se abrió la puerta y apareció una señora de pelo blanco, con una jarra colorada en la mano.

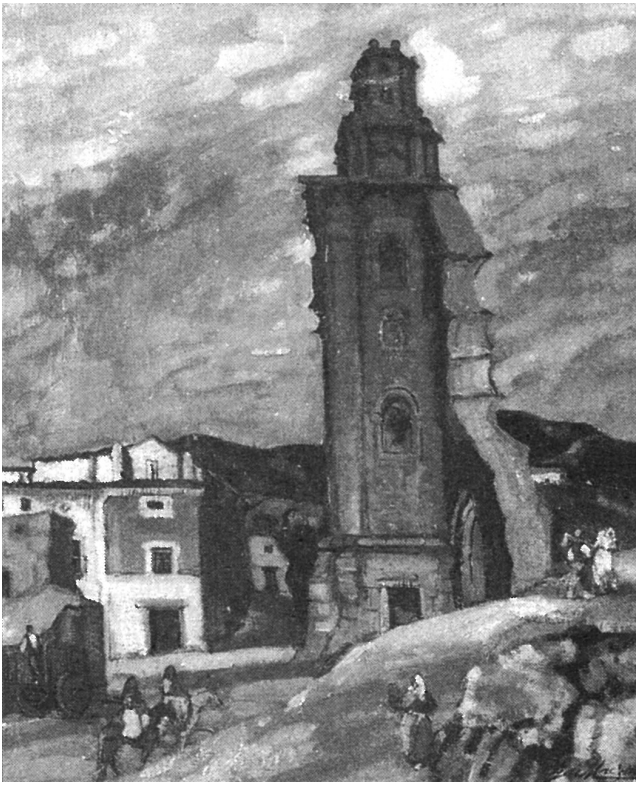
-¿Se podrá beber? –preguntó el viajero.

-Para eso es –contestó la posadera alargando la jarra. El viajero tomó un buen trago, sacó un pañuelo, se limpió el sudor y pareció quedarse más tranquilo.

La posadera preguntó:

-¿Y viene de lejos?

-De bastante, más allá de Lizarraga. El camino está horrible. Creía que no llegaba.



-Así es –replicó la posadera- así lo han dejado esos camiones con la guerra. Y ahora ¿qué desea señor?

-Verá Vd.; para "Campanero"- señalando al macho-, un doble pienso y para mí la cena, a la hora que se acostumbre.

-Pues desde las ocho y media, cuando quiera. ¿Habrá que despertarle temprano?

-¡Hombre!, despertarme, sí, a las siete, pero me levantaré más tarde porque estoy molido y además, mañana quisiera llegarme hasta Peralta.

-¿Hasta Peralta? Imposible. Conténtese, con llegar hasta Andosilla.

-¿Está Vd. segura?

- Y tanto. No sabe Vd. que el macho no podrá hacer mañana la jornada que ha hecho hoy; en fin, no se desespere, ya se lo explicará mi marido, cuando venga…

El viajero coge del ronzal a "Campanero" y, entregándoselo a la posadera, le pregunta: ¿Está por aquí el barrio de Lizarra?

-Sí, aquí enfrente; baja Vd. todo derecho, suba unas escaleras y tira Vd. a lo largo frente a un muro; no tiene pierde, por allí, donde van aquellos mocetes…

El viajero se encuentra al poco tiempo frente al muro del Barrio de Lizarra. El muro, como casi todos los de Lizarra, algo panzudo, como para aguantar tierras en pendiente. A la derecha del muro unas escaleritas le permiten subir a lo alto de un olivar espléndido. A sus pies, hay unas azadas y en medio un cesto recio, donde se sienta nuestro hombre. El espectáculo es magnífico. Todo Montejurra aparece en-

vuelto en una aureola dorada que después de tornarse suavemente azul en el camino de Ayegui desaparece al Sur, en una nota brusca violeta en los límites del Ega y de los conventos de la ciudad.

El gran Montejurra, ese monte fanfarrón y de forma de monte sagrado japonés, marcaba sus dos lados del triángulo, entre Muniáin de la Solana e Igúzquiza. Era, como un telón de fondo de un escenario de ópera, pero de una ópera en que el único cantor era la naturaleza. En medio del paisaje, serpenteaba, bien dibujada con sus finos chopos la carretera de Ayegui. A la izquierda, bajo el peñasco de La Cruz de los Castillos, se alzaba altanera, como un castillo medieval, la iglesia de San Pedro de la Rúa. Frente al viajero, en una línea que seguía el camino de aquel barrio, una fila de casitas bajas, de aleros tallados y orgullosos escudos; algunas enjalbelgadas, como las casas andaluzas. El viajero se incorporó, volvió a respirar fuertemente, y se sintió feliz de la existencia. Una mujer que cruzaba por debajo del olivar, le espetó con aire sonriente:

-¡Y qué! ¿Es usted *forano*?

-Casi *forano*, pero, no de muy lejos de aquí.

-¿Le gusta mi barrio de Lizarra?

-Gustarme no. Me entusiasma.

Hubo una pausa. El viajero, mirando a una iglesia de construcción esbeltísima, que tenía una torre que parecía un minarete, preguntó:

-¿Y esa ermita es también de Lizarra?

-Sí, es San Bartolomé y lo sacamos en procesión una vez al año.

El viajero descendió del olivar, a lo que le acompañó, dándole la mano la hortelana, y ésta le despidió diciéndole: -Pues no deje de ver el Barrio de San Miguel y el Barrio de los Cordeleros. En invierno dicen que es el campo de más sal de España.

-¿Por dónde se va?

-Siga el camino y todo hacia abajo, no tiene *pierde*.

Siguiendo la indicación, fué nuestro hombre bordeando el camino de Lizarra, topó con la impresionante plaza de San Miguel, contempló su castillo defensivo, se adentró por una serie de callejuelas, y cruzando la vía de la calle Zapatería, vino a dar en medio del puente de Logroño, llamado en Estella *el Azucarero* y por donde cruza el Ega, con una majestad digna del Danubio.

El viajero, en medio del puente, atisbaba con insistencia dos letreros en la esquina del muro de una casona de ladrillo. El primero decía *Izarra*; el segundo *Estella*. El viajero sacó un cuaderno y apuntó: ¡Vaya gazapo! Este ya es gordo. Estella no ha tenido en la antigüedad más que dos nombres. El primero *Degio*, que se pronuncia *Deguio*, es decir, del Ega; el segundo *Stella*, por la ruta de los peregrinos. Izarra, no es Lizarra. En vascuence es *Estrella*, y no existe documento alguno, que yo sepa, donde Estella se le denomine Izarra…

En estas disquisiciones, terminó de apuntar en su cuaderno unas notas, cuando acertó a pasar junto a él un labriego bien repantigado en un buen macho.

-Diga, buen hombre, ¿está por aquí la plaza de Santiago?

El labriego, con gran majestad, repuso:

-Allá voy yo. Siga al macho y no se perderá.

Efectivamente, siguiendo al macho llegó a los pocos minutos a la posada. Se encontró con un comedorcito bien, con dos mesas, buena luz y manteles limpios. Para sus adentros murmuró: -¡Esto ya no es lo de anoche! Aquí se puede estar. En la mesa más larga, junto a la puerta de entrada, un sacerdote, moreno y rechoncho, hacía tiempo, preparándose a marchar. Le saludaron los dos huéspedes, y después de charlar un buen rato, consumieron, con apetito, la cena, sólida y abundante.

Terminada la refacción, se abrió bruscamente la puerta y apareció la posadera con un velón en la mano. A todo grito, espetó al sacerdote: -¡Van a dar las once y media de la noche, Don Román!

El sacerdote sintió como una conmoción eléctrica; rechoncho y grueso se estiró como un mástil, cogió el manteo y después de estrechar la mano del viajero, exclamó en voz alta: -¡Dios Santo! ¿A qué hora llegaremos a Eulate?...

El viajero, levantándose de la mesa exclamó:

-¿Y a qué hora llegaré mañana a Peralta?

EN EL CAMINO

Hacía una mañana clara, pero de fuerte niebla. El gallardo "Campanero" y nuestro viajero cruzaron el puente "del Azucarero" para coger la carretera de Lodosa, que en Estella llaman *de la Solana*. Subieron la cuesta del convento de Rocamador, y allí, al pasar delante de una cruz de piedra, el viajero murmuró descubriéndose: -Aquí, en esta plaza, se ajusticiaba en la horca, a los reos de sus propios pecados. El

último acto de garrote vil, celebrase en 1895. ¿Dios les perdone a todos!...

"Campanero" pareció comprender estas nobles palabras y empezó a tomar un trote alegre al doblar la carretera de Lodosa. Fueron siguiendo a paso largo, bordeando la falda de Montejurra, que se dibujaba muy vagamente entre la niebla. Las huertas, los árboles y el monte tenían una forma imprecisa, de esos paisajes vagos, más de ensueño que de realidad. Fueron cruzando así Muniáin, Aberin, Morentin y al poco tiempo se percibió el repecho de Dicastillo. Había dos caminos, y el viajero cogió el más pequeño de la derecha.

Bordearon unas huertas y empezaron a subir una cuesta suave de mal camino vecinal. Al poco rato, pegados a un muro con apariencia de muralla, fueron divisando primero el jardín y luego el palacio de Dicastillo. Apeóse el viajero, dejó a "Campanero" que retozase un poco en la hierba y quizás, dirigiéndose a tan inteligente oyente, soltó este discurso: -Aquí, a la vera de este Castillo, que no es ni gótico ni románico, pero sí elegante, comprendo toda la cultura y fineza del siglo XIX. Este siglo ha sido atacado por gentes de acción, como Daudet y, como Mussolini. Pero el siglo XIX ha de pasar a la historia por su distinción, perdida en el mundo desde el siglo XVI. Pasará también por ser la gran experiencia del Pensamiento, y para una solución definitiva en el porvenir, que aún no se ha buscado en Europa pero se buscará…

"Campanero", como haciéndose eco de estas palabras, se incorporó de la hierba con unos relinchos alegres y el viajero continuó de esta forma: -La condesa de Dicastillo y

Baronesa de Zugarramurdi, era el único ejemplar que tuvo España para compararse en poderío, al Duque de Westminther. Con la superioridad, de que la española, era más inteligente que el Duque. Con su palacio de Biarritz, el de la calle de Hortaleza, en Madrid, el suntuoso de Guadalajara, y el que para honor su título construyó en Dicastillo, dió un enorme empuje a la artesanía más a la francesa que a la española, por su permanencia en aquella nación; fué una gran dama de enorme actividad, que no quiso vivir en la mecedora de la época, sino soñando en aquellos soliloquios íntimos con su *griffón* "Merlín", su perro fiel, soñaba en dejar piedras labradas allá donde hubiera huellas de su estirpe. ¡Noble señora, soltera, gruesa y rubia, que tanto gustó siendo él joven a mi gran amigo, el Vizconde de Güell, que es actualmente, el verdadero representante del siglo XIX!

ADELANTE

Tranquilizado nuestro viajero con esta lírica disquisición al pie del palacio de Dicastillo, se acercó a "Campanero" y de la alforja sacó una espuela que se calzó en el pie izquierdo. Acarició al bruto en la frente y montando con agilidad le dijo: -Y ahora, "Campanero", ha llegado la hora de la verdad. ¡A ver cómo nos portamos!...

El macho movió una de las orejas y comenzó un paso largo de marcha militar: -¡Así, eso es! Sigue en esta forma y en dos horas estamos en Lerín.

Un poco adormecido y sin ganas de pensar en muchas cosas, quizás por el cansancio del día anterior, nuestro viajero cruzó antes de la hora por Allo, en cuya entrada unos pe-

ñascos enormes señalaban las primeras estribaciones del mediodía de Montejurra.

"Campanero" parecía no hacer mucho caso de otros mulos que se cruzaban por e camino. Había desaparecido la niebla, y aparecía un sol blanco y sin estridencias del mes de Mayo. Salieron ya al pleno de la carretera y el paisaje se iba suavizando, dejando las sierras y dando lugar a una planicie ondulante y preciosa. Fueron cruzando este paisaje amable, pero un poco insípido y a lo lejos, a unos dos kilómetros, empezó a recortarse una más gris. Según se iban acercando, la mole de la villa de Lerín, se agradaba, tomando caracteres monumentales. Fueron llegando a un puentecito donde se veían las primeras casas de la villa. Pasado el puente se iniciaba ya un repecho duro de subida, y a ambos lados, trozos de las antiguas murallas de Lerín. El viajero se apeó del bruto, miró al reloj, y acariciando la cara de "Campanero", le dijo, sin miedo a que le oyeran: -Estas cinco leguas han sido para ti como tomarte cinco caramelos. Tendrás agua *individual* ¡de pozal!... y no te doy vino caliente con pan, para que no te emborraches... – Dicho esto, dejó la rienda sobre el arzón y macho y caballero comenzaron a ascender despacio por el repecho. Cerca de una casita, sonde se anunciaban "Asfaltos y conservas", cosas ambas bien antitéticas, el viajero se sentó al borde del camino y "Campanero", filosóficamente comenzó a mordisquear entre las hierbas.

El sol desgarraba ya las nieblas de la altura y Lerín se mostraba tal y como es, como fué y como será; como una gran fortaleza militar, levantándose con arrogancia sobre la llanura.

Se incorporó el viajero, cogió la rienda de "Campanero" y, acariciándole la oreja, murmuró: -Tendrás agua, que nos darán en aquella *casa-cueva*…

Efectivamente; a la izquierda del camino se iniciaban las primeras peñas cíclopes que sostenían la mole de Lerín. Se veían, seguidas, varias puertas horadadas en la propia peña. En una de ellas que tenía una ventanita con dos tiestos, penetró el viajero y a una muchacha que estaba de arreglos le dijo:

-¿Me pudiera dar un pozal de agua para el macho?; ya le daré una propina.

-Sin propina, señor…

-¿Puedo pasar adelante?

-¿Por qué no? Todos los que no son del pueblo les gusta visitarnos.

Entró en el portalillo y a la derecha, bajo un arco irregular, tallado a mano, estaba una cocina diminuta, muy limpia, que gozaba de una luz de acuarium.

-Pero, cómo, ¿casa-cueva y con luz cenital?

Preparando el pozal de agua, la muchacha contestó:

-Verá Vd. es la única que la tiene. Mi padre que es *mucho listo*, vió que había una grieta en la piedra y estuvo cavilando varios días para que penetrase luz y no entrara el agua y al cabo de varias semanas de trabajo fué picando y picando, haciendo unos *bujeros largos* y la luz nos viene como el agua en la fuente, por tubos, pero a un metro, a la derecha de la cocina.

-¡Hay ingenio, hay raza! Luego el viajero se quedó ensimismado, y acariciando un muro abovedado que en forma

de pasillo conducía a las habitaciones de dormir, pensó: Si hiciéramos ahora una fotografía de este pasillo y de este muro, el que la vives, se creería en la casa de piedra de Milá, en el Paseo de Gracia de Barcelona. El arquitecto Gaudí, que fué constructor, como todo genio, era muy culto. Seguramente conocía las casa-cuevas de Almería, las mejores de España, y en esos muros y en aquellos rincones se inspiraría para hacer parte de su arquitectura.

Gaudí sacó de la cueva arte y nosotros a lo largo de España, sacaríamos de esta construcción, tallada en la piedra, y que aprovecha los recovecos de leña brava, algo único en el mundo de la construcción económica; pero, el arquitecto prefiere seguir a Lecorbusiére que a la madre naturaleza…

En la calle, el gran "Campanero" bebía con brillantes resoplidos el agua que le ofrecía la moceta.

El viajero fué a darle una propina que ésta rehusó con gran orgullo, alzando los brazos.

-Así me gusta a mí –dijo el viajero-. Navarra y con genio…

-*Navarrica*, y para servirle…

Montó el viajero esta vez con más dificultad a lomos de "Campanero" y acortando la brida con la mano izquierda, preguntó a la moza:

-¿Llegaremos pronto a Andosilla?

-Con ese animal antes de dos horas.

¡HERIDO!

Atravesaron, descendiendo una larga calle de palacios y de casonas, y con cuidado (la pendiente se hacía cada vez más dura) el jinete fué llegando a las puertas de la ciudad.

En aquella gran llanada, el verde claro de los trigos acariciado por el viento, tenía unos reflejos de tapiz amarillento y viejo. Muy a lo lejos, a la izquierda, se divisaban las montañas de la Rioja. A la derecha todo se desvanecía en la llanura de nubes blancas. El viajero notaba algo de pesadez en la cabeza. El sol era pálido, metálico, pero duro.

Continuó marchando a buen paso y a la hora y media, entre dos líneas de montañas, divisó una gran cinta de niebla: -Me parece "Campanero" que Ya llegaremos. Ese es el Ega, que ya quiere ser varón y se está acercando al Ebro…

En efecto, cruzaron los primeros caseríos de la noble villa de Andosilla.

Eran cerca de las dos de la tarde y aún la niebla persistía por encima de las casas del pueblo. La calle impedía ver el río anchuroso. A lo lejos, sobre una de las montañas, se dibujaba un castillo. El viajero exclamó: -Ya estamos; ese es el castillo de Andosilla, construído por Sancho, el Fuerte. Fueron siguiendo hacia delante y el viajero notó que al pasar, algunas mujeres volvían la cabeza. No le dio importancia. Atravesó toda la calle, de menos señorío que la de Lerín. Al final de la misma, y con idea de desviarse para coger el ramal de la carretera de Peralta, oyó a su espalda fuertes voces que decían:

¡Buen hombre, bájese del macho, que está el animal sangrando!

Se acercó el vejete que así decía y cogió del estribo izquierdo, ayudando a apearse a nuestro viajero.

-¡Ve Vd. ahí, en la mano izquierda tiene algo!

-¿Cómo algo? Tiene mucho. ¡Si el pobre "Campanero" es-

tá sangrando más que si fuera un sacristán!... Tráigame unas tenazas a ver si lo arreglamos.

Retornó el vejete al poco y el viajero desviando al macho del camino empezó a atenderlo. Tenía la herradura saltada y uno de los clavos había herido el centro de l apezuña, lo que le producía una hemorragia muy viva: -Ahora el calzado fuera- dijo el viajero arrojando lejos de él la herradura que acababa de arrancar-. Y esta hemorragia dejarla que corra porque hace de desinfectante. Sin embargo, "Campanero", te hemos de vendar. Sacó el viajero su propio pañuelo y lo ató a la pezuña del macho.

Este movía las pestañas en un lenguaje desconocido, pero que denotaba agradecimiento. Lanzó dos o tres relinchos y comenzó a sudar copiosamente. Las siete leguas de camino se notaban sobre su lomo.

-¿Hay aquí algún herrador?

-Bueno, y aquí cerca- respondió el vejete.

Se oía, a unos pasos, el tintineo del martillo sobre el yunque y en la puerta un navarro, seguramente montañés, alto, enjuro y tuerto, descansaba a la puerta del herrador. Al ver al macho vendado se acercó hacia él y preguntó al viajero:

-¿Es manso?

-Como una pera de Lónguida.

Cogió la pezuña el herrador, y mientras le quitaba el pañuelo de la misma, el viajero preguntó:

-¿Y el albéitar vendrá pronto?

Sin dejar de ver la herida el herrador contestó:

-No vuelve hasta la noche. Ha marchado a Cárcar; pero, aunque viniera, esta herida del macho es para dos días. Más

vale que cierre bien y luego herrarle. Movió la cabeza nuestro viajero, acarició la crín de "Campanero" y entregando las riendas al herrador exclamó:

-Nada, que tenía razón la posadera de Estella… Hoy no llegamos a Peralta…

PREGÓN, DICIEMBRE DE 1946

CORRERÍA DESCRIPTIVA DE ANDOSILLA A PERALTA

(Segunda parte)

Por Gustavo de Maeztu

A las ocho de la mañana de un día claro del mes de mayo, llamaban reciamente a la puerta del parador de Andosilla, preguntando:

- ¿Está aquí Campanero?

Se abrió el portón y en el fondo aparecía la silueta del viajero que liquidaba la cuenta con la posadera.

Salió, y saludando al herrador, le dijo:

-Ponme el estribo; tengo ganas de llegar cuanto antes.

El herrador acercó el animal y, ayudando a montar al viajero, exclamó:

-¡Ahí lo tiene Vc., buen señor! Esto es *reló* de repetición. En tres días de cura y pienso el animal está nuevo… Con que, ¡buen viaje! ¡Ah! Me ha dicho el *científico* que la rodillera que lleva en la pezuña se la deje diez o doce días…

-Se hará; no tenga Vd. cuidado- contestó el viajero, apretando suavemente la espuela al animal, que siguió a buen

paso a lo largo de la villa.

Andosilla es un pueblecito alegre, rico y bien abastecido en al riberas del Ega, el cual entra triunfalmente por un puente metálico de un solo tramo de 31 metros de largo. Algo de carácter ribero de Estella, se lo debe a Andosilla, de donde se traen innumerables productos y, antes del establecimiento de las fábricas de conservas, casi todas las frutas.

Fué dejando el viajero un poco apartado el pueblo, dejó a un lado la carretera de San Adrián, que conduce a Calahorra y, tirando a la derecha, torció por un camino que va a salir a la apartada carretera de Andosilla a Peralta.

A medida que avanzaba al borde del río, iban descendiendo las montañas, y al niebla clara y diáfana permitía ver, como sobre un cristal, un paisaje, ingrávido de árboles, de aguas, y de pájaros que jugueteaban en la bruma.

"Campanero" estaba feliz, relinchaba, hacía gestos con al cabeza y movía las orejas atrás y adelante, como si estuviera oyendo una contestación.

A la hora y media, y al *paso largo* de "Campanero", se habían andado más de la mitad del camino hasta Peralta, cuyo recorrido era en total de tres leguas.

Llegaron a una gran llanura, con grandes sembrados, donde ya se señalaba el verde claro del trigo en primavera.

Muy a lo lejos, entre la bruma, parecía distinguirse un pueblo. Debía ser Falces. De pronto, casi en las fauces del propio "Campanero", surgió un hombrecillo, con manta gris a cuadros, abarcas altas y un buen *zacuto* a la espalda.

El hombrecillo hizo ademán de saludar al viajero y éste le interrogó de esta manera:

-¿Es usted de muy lejos?

-No, de por aquí cerca; ¿qué se le ofrece, buen señor?

-Muy sencillo. Deseo llegar a Peralta por la carretera de Tafalla, la del buen arbolado, la que está enfrente del puente de hierro. ¿Voy bien por este camino?

-Coja Vd. a la derecha, pase Vd. una media hora atravesando el sendero y, sin dejarlo, llegará Vd. a una carretera de Tafalla. Por aquí adelante, sale usted a la de Marcilla.

-Bien, bien.- dijo el viajero enfilando al animal hacia el sembrado.

Avanzó, y al dar el segundo paso, el hombrecillo gritó: -¡De a pie, de a pie!

-¿Cómo de a pie, si por aquí no hay nadie?

-Están en los ribazos, seguramente almorzando, y a estos labradores no les gusta que se cruce *montao*…

-¿Y por qué?

-No lo sé. Probablemente porque piensan que el jinete pesa como otra caballería… Silo ven *montau* no avisan; el primer aviso es con perdigón, el segundo con bala…

En ese caso- contestó el viajero, apeándose- seguiremos la costumbre…

Cogió en la mano la brida de "Campanero" y fué alejándose pro el sendero, sin perderlo, cerca de media hora. En las partes donde reaparecía el tapiz verde tenue del trigo, aparecía una tierra roja fuerte y esponjosa. Estaba en el corazón de la ribera, la tierra de los mozos más altos de toda Navarra. Por estas tierras anduvieron, en siglos remotos, la raza de los cascos *Bardietas*, de que habla Estrabon, situada en el oriente de las provincias vascongadas, vecinos de los

Verones, *los riojanos* cuya capital Varía, hoy Varea, está situada al oeste de Logroño.

Fué llegando nuestro viajero al final del sendero, y "Campanero", remozado con aquel descanso, emprendió, y de *motu propio* un alegre galope que en menos de veinte minutos los dejó en plena carretera de Tafalla, la del buen arbolado, una de las mejores de España en belleza de carretera. El paisaje de llanura y la niebla, más fina y más clara, seguían todavía cerca del mediodía. A la derecha, corría el Arga, amplio, majestuoso, suave. Enfrente, entre los árboles, como levantándose sobre una gran peña, rematada por una torre de filigrana -*el Campanar*- se dibujaba la noble villa de Peralta.

PERALTA

El puente de piedra de Peralta, el que combina con las dos carreteras, la de Marcilla y la de Tafalla, tiene algo de majestuoso. Seguramente debe ser del siglo XIX, cuando el ingeniero, más que en el tiralíneas, pensaba algunas veces en puentes suspendidos, y hasta en acueductos romanos. Nuestro viajero, en el centro del puente, volviendo la cabeza hacia abajo, sintió algo de vértigo, no por la altura, que no serían más de treinta, sino por las aguas del propio Arga, que acusaban vibraciones rojizas provocadas por las cabezas móviles de bandadas de patos que volvían a sus casas. Acortó la brida a "Campanero" y, tirando hacia la izquierda, se fué acercando a un paseíllo confortable y bien construido, a la izquierda del río; y casi enfrente de él, cubierta por cortinas de pajizo, vió una casa chaparra de buen aspecto,

donde se leía "Vinos y Licores".

Penetró en la taberna y se encontró con que su interior tenía mucho de un taller de pintor del barrio de Montmartre. El techo, bien inclinado hacia delante, mostrando unas vigas irregulares y fuertes; a la derecha, dos largas mesas con sus bancos; en frente, el mostrador; y en el centro, un buen brasero. A pesar de ello el posadero se cubría con un buen tapabocas, y mientras tomaba un refresco, nuestro viajero, fué observando al tabernero.

Era un hombre corpulento, con ojos verdosos transparentes. La piel, el color de la tez, era lo que le traía preocupado al viajero. No se podía decir que era oscura, ni tampoco verdosa; era un tono característico, que él había visto algunas veces en los navarros de la ribera. ¿No sería quizás, el tabernero, un legítimo representante de aquel vasco *Bardieta* del que habla Estrabon, y venido a Iberia desde la lejana Ucrania?

Se quedó el viajero pensativo, y, pagando la cuenta, dejó al tabernero.

-¿Habrá por aquí un parador para la caballería?

-Aquí, a dos metros a la derecha. No hay mejor mozo que es de esta cuadra, ni que tenga mejor mano para todo el ganado. El macho estará bien *gobernao*.

Salió el viajero y en seguida pudo comprobar que, efectivamente, se trataba de una buena cuadra y de un buen mozo para el ganado; que era rubio y de buenos brazos. En la cuadra había excelente ventilación y aquella mañana estaba vacía.

El mozo fué quitando la montura a "Campanero", le trajo

un buen pozal de agua fresca, que el macho tomó haciendo sonar sus pulmones como aspas de molino. Y, el animal, mirando un momento a su amo, se tumbó con alegre relincho de satisfacción.

Al salir preguntó el viajero al de la cuadra:

-¿Está por aquí el campanar?

-Siga a la izquierda y a 30 metros verá Vd. una puerta en arco, pasa pro ella y siga todo el tiempo, calle arriba. Cualquier persona le dará razón.

Se despidió el viajero de "Campanero", dándole una palmadita en los lomos, y como suele ocurrir a menudo que cuando nos dicen a la izquierda, tiramos a la derecha, el viajero tiró unos metros en esa dirección donde se veían casa y comercios de calidad y a lo largo de una buena avenida.

De pronto se fijó en una placa de esmalte colocada en el blanco de una buena casa. La placa decía *Orkoyen*…

El viajero sacó su cuaderno y apuntó "Orkoyen" y luego, en soliloquio, dijo para sí: "¡Orkoyen, Orkoyen!" Para el falso vasquista, Orkoyen, quiere decir Peralta, y ni siquiera en esos libros humildes, escritos por frailecicos del mismo Peralta y de Marcilla, se cita ni se nombra a "Orkoyen" como Peralta. Es una invención salida del fondo de las covachuelas de la administración foral… Aquí "Orkoyen", en Estella, *Izarra*. ¡Tiene gracia! Y si yo ahora –se retira unos metros y acaricia en su zamarra el mango de su pistola- en uso de mi perfecto derecho de historiador y de español, le pegase un tiro a esta placa ¿qué sucedería? Probablemente nada. La bala haría unas grietas en el esmalte y el cartel seguiría anunciando esta estupidez por los siglos de los siglos…

Tomando, después de esta reflexión, el camino de la derecha y más sereno, exclamó: "¡En fin; ya lo dijo el filósofo francés: Nada da idea del infinito, como la estupidez humana!..."

EL CAMPANAR

Atravesando unas callejas, y con un buen repecho de final, nuestro viajero se encontró al poco rato en la explanada del Campanar.

La impresión fué enorme. No puede uno imaginárselo, sin estar en Peralta. El campanar es una iglesia de una traza bellísima, del siglo XVII, toda de ladrillo, con una floritura que solamente han sabido hacer los artistas aragoneses. Es la base de piedra y el resto de ladrillo; pero qué ladrillo, qué molduras, qué proporciones! Por otra parte, la mitad de la iglesia está seccionada por un segmento, como si fuera el rayo; y, sin embargo, no fué el rayo quien la castigó, sino D. Tomás de Zumulacarregui.

El campanar tuvo un defensor liberal, tan tenaz como Moscardó en su tiempo. Zumalacarregui sabía que tomar el Campanar era tener Peralta, y no tuvo más remedio que bombardearlo. Actualmente, y con nuestros medios militares, es tener en la mano Marcilla, Fúnes y Peralta.

El viajero contemplaba con avidez el monumento y el paisaje. Fué hacia arriba atravesando unas huertas urbanas, con trozos de pajizo. Huertas que tomaban así un aire valenciano, y al poco se encontró con el pretil magnífica por donde cruzaba a ochenta metros de profundidad, el Arga majestuoso, y en cuyas aguas bebían hasta hartarse, unas yeguas percheronas, metiéndose en el río hasta los ijares… El

viajero se sentó en una peña desde donde dominaba el Campanar, ahora más redondo y con menos aristas, pero siempre esbelto, dominador, elegante.

Aficionado, como sabe el lector, al soliloquio, el viajero, golpeando suavemente la tierra donde estaba sentado, discurrió de esta manera: "Estoy y piso las tierras de aquel gran personaje navarro que fué Mosén Pierres de Peralta. Tan grande y discutido personaje fué, innegablemente, de sangre francesa, aunque español por nacimiento, pues era hijo legítimo de D. García Martínez de Peralta y de dona Ana Sánchez, de Azagra.

Gran amigo del rey D. Juan y, por tanto, de su hijo el Príncipe de Viana.

Cuando en el siglo XIV, en Europa apenas había *dos maraveals*, Pierres de Peralta se da el lujo el acompañar a la reina Doña Blanca desde Sicilia hasta Navarra, gastándose en el viaje y atenciones de tan ilustre dama, la cantidad de 10.475 florines.

Desde entonces el rey le perdonó *las pechas* de sus casas de Andosilla, Marcilla y Villanueva.

Fué, sin discusión, el personaje de su tiempo. Tuvo palacios, uno aquí, en Peralta, el cívico militar de Marcilla, uno de los más bellos de España por sus proporciones y por sus rosos. Su casa palacio de Andosillak, y el de Estella, que a juzgar por su perímetro que aún conserva, frente a la iglesia del Santo Sepulcro, debía de preocupar por su grandeza a la propia fortaleza de la ciudad.

Hombre de gestos, algunos demasiado violentos y bastante conocidos, hemos de evitar el recordarlos. Pero era

afectivo con sus amigos y duro con sus enemigos y estos no eran pocos.

Defendiendo la plaza fuerte de Viana contra las ambiciones del príncipe del mismo nombre, llego a las puertas de la ciudad y el rey D. Juan, produjo tal indignación en el ánimo de Peralta, que da orden a sus capitanes, después de la rendición, de que le traigan sus vestimentas de luto, y así, enlutado y cabizbajo, salió por otra puerta de la ciudad, camino de Los Arcos…

No cabe duda que este personaje, gesticulante, fuerte decorativo y poderoso, tuvo una gran virtud: la lealtad a su Rey, y de esta lealtad y de esta entereza surgió la unidad de sus dominios de Rincón de Soto a Marcilla, de Marcilla a Andosilla y de Andosilla a Estella.

Andaba nuestro viajero en este soliloquio, cuando acertó a pasar junto a él, un personaje barrigudo, con buen zamarrón y fuértes gafas. Caminaba por el pretil de la antigua muralla, leyendo un periódico.

Nuestro viajero, viéndole de tal guisa, casi con uniforme de filósofo de pueblo, se dirigió a él preguntándole:

-Diga, buen hombre, ¿sabe Vd. si estuvo por estos sitios el antiguo palacio de Martínez de Peralta, o el de su hijo, Pierres de Peralta?

El interrogado se corrió las gafas hacia la frente, cruzó los brazos a la espalda y mirando fijamente al viajero contestó sin titubear:

-¿Pierres de Peralta? Me suena. ¡Pierres de Peralta! Sí; pero no es aquí. Pregunte Vd. en Tafalla.

LA LOCA DE FUNES

Al cruzar la calle Mayor, yendo a la taberna de la plaza, pudo observar el viajero buenas casas hidalgas con excelentes rejas. Por una de ellas, de gran ventanal, desproporcionado para la casa, asomaba una morena regordeta, de ojos juguetones, regando unos tiestos. La amplitud del encalado, la calidad de la reja, toda de filigrana y la propia moza moviendo con salero la regadera, daban al lugar un aspecto que no era navarro. Sin dejar de serlo por la traza de la propia casa, aquella fachada, la propia luz gris verdosa, daban al rincón un aire del pueblo de Alcalá de Henares, que es la antesala de La Mancha.

Llegó en buen viajero a la taberna. Era un local amplio, bien distribuido. Sobre el mostrador de entrada, una mujer con proporciones y medida de diosa romana y unos doscientos kilogramos de paso, iba limpiando los vasos, gruesos y poniéndolos en fila. Aquí y allá, en las mesas laterales, corrían de mano en mano porrones pequeños para invitar a los soldados que se hallaban conversando con los parroquianos.

Nuestro viajero tomó asiento en una esquina de la mesa del fondo, junto al patio, donde unos labriegos, ya de edad, jugaban gravemente al mus.

Le hicieron sitio los labriegos. Uno de ellos, le alargó un porrón y el viajero dando las gracias, se atizó un trago largo y confortador.

Seguidamente el viajero, hombre de tacto, se fué al mostrador y volvió a su mesa con dos porrones. Alargó uno a los jugadores y volvió a sentarse. El más viejo de los jugadores cogió el porrón y dijo:

-No ha sido para que corresponda, sino para honrar al forastero.

El viajero lió un cigarrillo y sacó el reloj. Marcaba éste más de las 12 y media, hora solar y preguntó a los jugadores:

-Y aquí, en Peralta, ¿a qué hora se come?

-Hoy tarde –contestó el viajero-; nos han dejado los muchachos de permiso, unos de aquí y otros de Corella y a la tarde tenemos partido de fútbol. Ahora –añadió sonriendose están entrenando en las bodegas…

-Bueno, pues esperaremos –repuso el viajero-aspirando largamente su cigarrillo.

Continuaba el orden dentro de la taberna. De vez en cuando, en la línea del mostrador, aparecían dos brazos morcillones sobre los que descansaba una cabeza aguileña, rubia, con el pelo pegado a las sienes y el moño muy bajo en la mitad del cuello. Era la posadera. Que hacía señales para que le entregasen los porrones vacíos para volverlos a llenar. En la taberna había unos 50 o 60 hombres, bien distribuidos en las mesas, departiendo silenciosamente, bebiendo con gravedad. Todo ello respiraba amistad y armonía.

Así, no mayor ni más armónica, debió ser en la antigüedad la taberna de Lúpulo.

Todo se sucedía en esta paz, esperando la hora de comer, cuando le pronto, se oyó un portazo que hizo temblar toda la cristalería y se abalanzó sobre el mostrador un mozo fuerte, de tez rojiza, el pelo enmarañado y la boina hacia atrás:

-¿Dónde está el forastero? –preguntó con voz bronca, sin saludar, a la posadera.

Esta contestó con un gesto y sin inmutarse:

-Ahí lo tienes, en la mesa del fondo.

El muchacho era el mozo del Parador de las mulas, que hemos conocido a la llegada del viajero. Fué allí, hasta la mesa, en dos zancada; pero la verdad es, que, al encontrarse delante de quien buscaba, se quedó un poco turbado y, sin darse cuenta, se descubrió.

El más viejo de los jugadores, que conocía al de las mulas, dejando la baraja sobre el tapete, exclamó:

-Algo te pasa, Fermín; toma un trago, sosiégate y habla…

Así lo hizo Fermín, quien quitándose el sudor de la frente con el revés de las manos, tomó asiento frente al viajero.

-La verdad, señor, que en estas cosas de ganado y en estas particularidades suyas, no hay quien entienda… y yo nací entre ellos, así me he criado y cada día entiendo menos. Hizo una pausa, y luego, acercando su cabeza a la del viajero, exclamó:

-¿Usted ha oído hablar alguna vez de La Loca de Fúnes?

Los jugadores se guiñaron los ojos entre ellos y uno dijo:

-¡La Loca de Fúnes! ¡Ahí es nada angelito!...

el viajero prestó atención, frunciendo las cejas. Fermín continuó:

-La Loca de Fúnes es una burra vieja y blanca, propiedad del aceitunero más sucio y más miserable que hay en toda Navarra. En fin, la burra, cuando la sacan de su aire y la meten a otra cuadra, como pueda y esté suelta, no tiene más que una idea: lanzarse a las crines del ganado joven, morder-

les lo que pueda en el primer empellón y luego correr…

-el viajero atajó nerviosamente:

-Pero, ¿cómo Vd., conociendo la burra, la ha dejado entrar en la cuadra?

-¡Si hubiera sido yo! Ha sido la *cencerra* de mi sobrina; que yo me había salido a tomar un trago con unos mozos de Corella… y ahí, en esos momentos, ha venido lo que tenía que pasar…

-¿Y ha sido mucho?- interrogó un jugador.

-Ho ha sido, porque el macho del señor es de respeto: si nos descuidamos un poco, la remata…

-Pues haberla *dejau* que la rematara –dijo otro jugador.

-Calma, que todo llegará –añadió Fermín. La burra ha de ir a Fúnes amarrada en un carro y delante de la casa del aceitunero, si no la mata la guardia civil, la mato yo con ésta… (y Fermín sacó un pistolón que mostró a los jugadores).

El viajero cogió suavemente *el cacharrillo* de Fermín y le hizo señas de que lo guardar; luego dijo:

-Pero bueno, en total, ¿qué ha pasado?

Volvió Fermín a enjuagarse el sudor de la frente con las manos y contestó:

-La taimada –yo no lo ví- se fué despacio donde el macho, que seguía tumbado como un bendito y como usted le dejó; y de pronto, como acariciándoles con el belfo sobre las crines, le lanzó dos mordiscos con todos sus colmillos, que parecen los diente de Satanás… Fué cosa de unos segundos, según dijo mi sobrina. El macho lanzó un bramido terrible y poniéndose sobre las dos piernas delanteras lanzó coces a la cabeza de la burra que la dejaron desmayada. En

aquel momento entré yo. El macho había desaparecido y entre la sobrina y yo amarramos a *la loca* para entregarla a la Justicia…

El jugador viejo preguntó:

-Pero, ¿dónde se metió el macho?

-Ahí verás –añadió Fermín-. Estaba el macho como la ventanita del fondo, y creyendo que estaba abierta, con los brazuelos rompió los cristales y tropezando con la reja, se volvió hacia atrás, se volvió hacia atrás, donde derribó la puerta de la cuadra entreabierta. ¡Para qué os voy a contar!... Saltó por la entrepuerta, como en las pistas de circo y, como una centella, desapareció cuesta arriba, cogiendo aquí, a la izquierda, la carretera de Rincón de Soto.

MŪSEO MUSEOA